

Por el niño y para el niño

Ahora que por el mundo entero se habla de las libertades del hombre, de la ayuda que merece el débil, del triunfo del derecho sobre la fuerza bruta, ahora que parece que brota de cada pecho un sentimiento de aversión profunda hacia todo lo tiránico, ahora, digo, creo oportuno hablar de ese esclavo eterno, de ese oprimido paciente, de ese menospreciado portador del futuro de la humanidad. ¿Qué cosa más sagrada que el legítimo derecho de ser reconocido y respetado! Y no obstante, ese derecho del hombre se le quiere negar al niño. Qué pocas veces encuentra éste oportunidad de hacer lo que desea, lo que su rica e inagotable imaginación le sugiere... La voluntad del educador (madre o maestro), el programa muchas veces intrínseco, el horario inexorable, son otros tantos obstáculos que, cual pesada carga, pesan sobre el creador espíritu infantil. Queremos hombres expertos, ciudadanos conscientes, mexicanos libres, y, no obstante, rodeamos al niño de una atmósfera que está muy lejos de contribuir al fin deseado. ¿Cómo esperar que el hombre esté apto para la lucha si cuando niño no robustecemos su cuerpo, si no le enseñamos a descubrir la verdad y a salvar los obstáculos que se oponen a la posesión de la misma? ¿Cómo exigir que sea consciente si no sabe distinguir por sí mismo el bien y el mal, si jamás ha encontrado oportunidad de ejercitar sus facultades superiores y, por lo tanto, no ha desarrollado su voluntad ni formado su carácter? ¿Por qué disgustarnos cuando descubrimos que no ama la libertad ni aspira a ella, si jamás la ha conocido, si nunca hemos dejado que saboree sus preciosos frutos? Niños que aprenden a obedecer ciegamente, tienen que esclavizarse voluntariamente; los hombres, para llegar a ser responsables de sus actos, necesitan acostumbrarse desde niños a dirigir esos mismos actos.

Con mucha frecuencia los educadores desconocen u olvidan su misión: no es el educador plasmador o forjador de almas, no; es guiador, es cultivador por excelencia. Su labor consiste en observar al niño amorosamente a fin de poder rodearle de todo aquello que le es útil, de poder alejarle de todo aquello que le es nocivo y de poder ayudarle a despejar el camino que voluntariamente haya elegido. El educador no puede, no debe quitar un solo detalle de los que formen la personalidad del educando.

Cada hombre tiene una misión que cumplir, como cada hora un matiz que dar: las diferentes vocaciones que de modo tan variado se manifiestan en la infancia, no son sino confirmaciones de la verdad que acabo de indicar. Querer que los niños vayan por el mismo camino, exigir que todos sean según el modelo que el educador ha ideado, es sencillamente un absurdo que tiende a destruir las leyes inmutables de la naturaleza. Dios no ha querido